

La última palabra

Finalmente llegó el día. Hoy concurrimos a las urnas para expresar nuestra preferencia electoral. Quizás como en ningún otro momento, la opinión de cada uno de nosotros valdrá lo mismo. Cualquiera haya sido el despliegue comunicacional de los candidatos, la cantidad de recursos económicos invertidos en la campaña o la larga lista de promesas que hemos escuchado durante estos meses, esta jornada nos brinda la valiosa posibilidad -en el secreto e intimidad de la urna- de sólo tener que rendir cuenta ante nuestras convicciones políticas y morales.

Puestas así las cosas, sería un despropósito utilizar esta columna para hacer proselitismo electoral, menos todavía el mismo día de la elección. Por el contrario, creo útil poder contribuir a identificar algunas de las claves que se juegan en la decisión que adoptaremos hoy, la que a todas luces será definitiva sólo el 17 de enero próximo.

En primer lugar, creo que a muchos nos asiste la convicción de que estamos culminando un ciclo. Cualquiera sea el resultado electoral, hay muchas cosas que han cambiado en la sociedad chilena. Por de pronto, somos testigos de una ciudadanía mucho más autónoma, consciente de sus derechos, más

libertaria y beligerante, la que reclama de la clase política mayor eficiencia y protección.

Cada uno de los candidatos, con más o menos credibilidad según sea el caso, han coincidido en la necesidad de relevar al Estado como un instrumento idóneo al servicio de los ciudadanos y que corrija las asimetrías que en muchos ámbitos provoca la lógica del mercado. En momentos de mayor incertidumbre, hay consenso en la demanda por más seguridad, sea en lo que se refiere al empleo, una vivienda digna, la mejor educación de nuestros hijos o la existencia de garantías para una salud pública decente.

A continuación, creo que el creciente desprestigio de la actividad política - que se evidencia en un deterioro de la clase dirigente y el debate público- es otra de las grandes claves que subyace a esta elección. Hay un notorio agotamiento de nuestra arquitectura institucional, que requiere de cambios urgentes. Esto no pasa necesariamente por la renovación de rostros, sino por la necesidad de introducir una verdadera competencia en el sistema, lo que finalmente redundaría en una mayor calidad de la política.

En época de campaña electoral,

no es raro que todos los candidatos coincidan en la necesidad de abordar estas reformas. Sin embargo, a la fecha, todavía no hemos podido modificar un sistema electoral excluyente y poco representativo; no contamos con una buena ley de financiamiento y gasto electoral, que de verdad relativice el poder del dinero en la política; sigue siendo un enigma la forma en que los partidos políticos nominan a los candidatos y así, suma y sigue.

Tercero, es evidente que los problemas morales que atañen a la vida moderna se instalaron en la contienda política. Teniendo ya una ley de divorcio vincular y habiendo superado la odiosa discriminación entre los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio, temas como “la píldora del día después”, las uniones de hecho entre homosexuales o la posibilidad de despenalizar el aborto, fueron tópicos de nuestra conversación cotidiana.

En cada uno de estos tres ejes que he descrito, usted seguramente tendrá una convicción. Pese a lo que se dice y declara al fragor de una campaña, me imagino que también tiene una opinión sobre la consistencia, conducta y trayectoria, pública y privada, de los candidatos de cara a estas definiciones. Pues bien, llegó el momento de decidir.



Jorge Navarrete

Abogado

Pese a lo que se dice al fragor de una campaña, usted tendrá ya opinión sobre la consistencia, conducta y trayectoria, pública y privada, de los candidatos. Pues bien, llegó el momento de decidir”.